

JUICIO DE UN EUROPEO SOBRE O'HIGGINS  
SU GOBIERNO Y SU OBRA

Claudio Gay, *Historia física y política de Chile* (8 volúmenes) Fain-  
Thunot-Rouge. Paris. 1844-1871, vol. 6 (1854) 533-552.

En este día [28 de enero de 1823] se decidieron á obrar los principales jefes de la oposicion, temerosos de que la insurreccion se desviase del carril por donde se la queria llevar. Supieron que Freire habia tomado una parte muy activa en el movimiento, y sospechando en él miras ambiciosas, quisieron evitar la intervencion militar de un jeneral que, contra los intereses de la democracia, queria convertir la revolucion en su provecho. Por eso adelantaron el movimiento y promovieron la agitacion del pueblo, esta máquina que está siempre á disposicion de los audaces<sup>1</sup>. En un conciliábulo celebrado la noche antes en casa del intendente, se tomaron las medidas necesarias, y se acordó el plan de ataque, y por la mañana aparecieron las murallas de la ciudad llenas de pasquines, llamando á los ciudadanos á un cabildo abierto para salir del estado de agitacion en que se encontraba la sociedad. La reunion fué tan imponente por su número, como por las personas que la componian. Veíanse en ella hombres de todas opiniones, carreristas, ultra-liberales y hasta o'higginitas, á quienes inquietaba el estado del país y el temor de una guerra civil. Los jefes de las tropas de guarnicion en Santiago entraron tambien en el complot; por lo menos prometieron dar órden á los soldados de no hacer armas contra el pueblo, habiendo ofrecido obedecer todos los oficiales de guardia, excepto algunos afectos al director, á los que por este motivo se les arrestó.

Noticioso O'Higgins de esta órden por el capitán Caballero, que estaba de guardia en el palacio, se llenó de irritacion, y á pié y sin vestir, se fué al cuartel del escuadron de guias de la guardia de honor,

O'Higgins reunió pocos días antes en su palacio muchas personas notables de la ciudad con objeto de terminar pacificamente todas estas disidencias, y es probable que lo hubiera logrado si el temor de ver llegar á Freire á la cabeza de sus tropas no hubiese movido á los jefes de la oposicion á nombrar una junta. Conversacion con O'Higgins.

y allí interpelando á su comandante el teniente coronel Merlo, este por toda respuesta le presentó el papel que acababa de recibir, en que se le mandaba no disparar contra el pueblo y permanecer neutral en este importante debate. Poco satisfecho el director con semejante excusa, tomó el papel, lo hizo mil pedazos, degradó al comandante arrancándole las charreteras y le reemplazó con el teniente coronel don Agustín Lopez, que fué recibido con entusiasmo y á los gritos de viva O'Higgins<sup>1</sup>.

Apaciguado este semi-motín, O'Higgins volvió al palacio, se puso sus insignias, montó á caballo, y acompañado de sus ayudantes de campo, se dirigió por el lado del convento de San Agustín, donde estaba el cuartel de los granaderos de la guardia de honor, también insurreccionados por su comandante el coronel don Luis Pereira. Al llegar á media cuadra del cuartel, un centinela avanzado le pidió el quién vive y le mandó hacer alto; O'Higgins sin acobardarse corre hacia él, le pregunta si ignora quien es y continuando su marcha se presenta delante de la plaza de San Agustín, donde se hallaban reunidos y sobre las armas un centenar de granaderos. Los oficiales que estaban á la cabeza de estas tropas fueron apostrofados por el director, y como Merlo, contestaron con medias palabras, que aquel oyó con la mayor indignación, calificándolos de traidores: en seguida destituyéndoles de sus grados, dió el mando de la compañía al sarjento primero, y entró con ella en el patio del cuartel, en el que estaba reunido todo el batallón con mil doscientos hombres. Inmediatamente salió á su encuentro Pereira, quien no menos turbado que los demás, procuró excusar su modo de proceder con el estado de ajitación en que se hallaba la ciudad, y el no haberle dado parte de todo lo que había hecho, con la falta de tiempo. Mientras daba estas esplicaciones, los soldados, como si hubiesen sido electrizados por un movimiento espontáneo de inteligencia y de respeto, prorumpieron en gritos de exaltación en honor de O'Higgins, y se pusieron á sus órdenes, lo que también hizo Pereira todo avergonzado por su derrota. Los oficiales que habían sido arrestados por precaución, entré ellos el sarjento mayor don Manuel Riquelme, fueron á ocupar inmediatamente sus puestos en el batallón, el cual se dirigió á la plaza de la independencia, donde no tardó en reunírsele el escuadrón de Guías.

<sup>1</sup>He oído decir, aunque no puedo asegurarlo, que O'Higgins repartió dinero á los soldados, antes de salir del cuartel.

Aunque O'Higgins era dueño de la fuerza armada, no se atrevió á atacar al cabildo abierto y disolverlo. Entregado á todos los resentimiento de la irritacion y de la cólera, se paseaba en medio de sus soldados, á quienes tenia motivos para considerar como su guardia pretoriana, y se negó tenazmente á presentarse en la asamblea popular, sin embargo de que fué llamado á ella muchas veces y que á ruegos de la misma, le escribió Rodríguez, uno de los autores principales de todas sus desgracias, que no resistiese mas tiempo porque se esponia á algun suceso desagradable. Renovada esta súplica por Cruz y otros amigos, cedió al fin y marchó allá con su escuadron de guias, que dejó en la plazuela de la Compañía. Su alma en aquel momento estaba entregada á todas las iras del amor propio ofendido, y sin embargo pasó tranquilo y sin decir nada por medio del pueblo para ir á tomar asiento en el lugar que le correspondia. Después de algunos instantes de silencio dijo con tono firme pero sin arrogancia, que aunque victorioso de las tropas un momento escurriadas, no queria aprovecharse de su victoria para dispersar una asamblea, producto de una simple faccion, y que por el contrario, cansado de una direccion que de mucho tiempo atrás le molestaba, se adelantaria á sus deseos, abdicando el poder ante el congreso que iba á convocar muy pronto. Esto es lo que yo debo hacer, añadió con tono de superioridad, porque cuando la nacion me entregó estas insignias, no fué para que pasasen á manos de unos cuantos habitantes de Santiago, sin autoridad y sin mandato. Al oir estas palabras quiso hablar don Agustin Eizaguirre, pero no permitiéndoselo apenas su conmocion, se encargó de contestar don José Miguel Infante, quien lo hizo con la fogosidad democrática que el amor á la libertad le inspiraba en semejantes casos. Principió elogiando las buenas cualidades del director así como sus eminentes servicios, y habló en seguida de la necesidad de un congreso nombrado por el pueblo directamente y sin influencias de ninguna especie, puesto que el que funcionaba era ilegal á todas luces, y poco conveniente al país la constitucion que se habia permitido promulgar. En cuanto á la reunion presente, procuró demostrar su legalidad con el gran número de personas notables que la componian, autorizadas por esta circunstancia para tomar las medidas que juzgasen oportunas contra la autoridad del director.

Guardaba O'Higgins un silencio convulsivo mientras se pronunciaba este discurso; pero al oir que se le amenazaba, no pudo contener su

ardiente susceptibilidad, é interrumpió al orador, declarando con energía y nobleza que no reconocía por pueblo á una reunion en que no estaba ni la milésima parte de la nacion. El calor con que pronunció estas palabras intimidaron á Infante de tal modo que se quedó turbado; pero salió en su ayuda don Fernando Errazurris, uno de los mayores adversarios de la constitucion, y contestó con tanta serenidad como energía haciendo ver la necesidad de una abdicación. Despues dirijiéndose al pueblo, le preguntó su parecer, y todo el mundo contestó con entusiasmo que sí.

La sala resonaba con las voces de todos los asistentes. En medio de este gran tumulto, no pudiendo conseguir O'Higgins que le oyesen, se levantó de su asiento, se adelantó al pueblo con semblante muy animado, y descubriendo el pecho dijo que sí se deseaba su vida, estaba pronto á darla, pues no temía perderla en aquel momento mas que en los numerosos combates á que habia asistido. Añadió que deseoso de dejar una dignidad que tanto le fatigaba, hacia renuncia de ella para evitar si era posible con su abnegación hecha en momentos en que aun disponia de las tropas, una guerra civil, fruto inevitable de esta clase de cambios. Acercándose en seguida á la mesa, depositó en ella la faja y el baston con ademanes que no indicaban de ninguna manera despecho, y á las voces de viva O'Higgins<sup>1</sup>.

No podia menos de conmover un hombre que llevaba á tal punto el desinterés por evitar á su patria los horrores de una guerra civil. Todo se hizo con una moderacion y un decoro tan glorioso para el jefe que abdicaba, como para el pueblo que exigia este sacrificio\*. Los que estaban mas inmediatos á él, fuese por deber ó por deferencia, le preguntaron en alta voz qué clase de gobierno iba á establecer; á lo cual contestó que de ninguna manera queria mezclarse en tan importante asunto, pero que puesto que existia de hecho una junta, podria continuar<sup>2</sup>. Entonces todo el mundo proclamó con entusiasmo los nombres de don Agustin Eizaguirre, don José Miguel Infante y don Fernando

<sup>1</sup>Mientras hablaba se oyó un cañonazo, lo cual le intimidó mucho, porque la artillería estaba contra él. A poco recibió una carta y pidió permiso para pasar a leerla a un gabinete inmediato. Aunque su contenido era insignificante, le hizo tal impresion, que volvió a entrar en la sala *manso como un cordero*. Conversacion con don Miguel Infante.

[\*](NR. Véase anexo 1).

<sup>2</sup>Conversación con don Bernardo O'Higgins.

Errazuris, personas las tres, de principios, de miras muy liberales y como el diamante inatacables por ninguno de sus lados.

Tal fué el resultado de esta sesion, orijen quizá de todas las funestas revoluciones de que tan repetidos ejemplos daban las demas repúblicas, y de que Chile ha podido librarse al cabo de algunos años, por un favor excepcional de la Providencia. Desembarazado O'Higgins de sus ocupaciones del dia, volvió al palacio acompañado de casi todas las personas, que lejos de censurar sus cualidades ni su administracion, no cesaban de elogiarle en alta voz, llamándole el padre de la patria. Es cierto que muchas de estas personas eran amigos suyos, á quienes el poder de las circunstancias habia arrastrado á la reunion, y otras muchas indiferentes, que no tenian ninguna queja de él. Por la noche fué la Junta á visitar á O'Higgins, y habiéndola hecho esperar un momento, se excusó con haber estado al lado de su hermana, que repentinamente se habia puesto enferma. Tenia esta señora una alma muy sensible, y no pudiendo conservar la serenidad en una peripecia tan inesperada, fué atacada de violentas convulsiones nerviosas, que obligaron á O'Higgins á detenerse algunos dias en Santiago, en cuyo tiempo recibió de todo el mundo, y especialmente del cabildo, numerosas pruebas de afecto y liberalidad. Púsose al fin en camino, y fué á esperar á Valparaíso el resultado de lo que habia pretendido, que era ponerse á la cabeza de cinco mil hombres, y con ellos ir al Perú á dar el último golpe al poder español, y añadir un nuevo y brillante floron de gloria á la corona de su amada patria. La junta le dió de escolta una compañía de ciento cincuenta hombres de su antigua guardia, compañía que conservó en Valparaíso durante su permanencia en casa del gobernador Zenteno, y que le hacia los mismos honores que en sus dias prósperos tiempos.

Mientras pasaba todo esto en Santiago, el jeneral Freire preparaba en Concepcion una expedicion militar contra el director, para el caso en que no abdicase el poder. Escribió á Beauchef, que mandaba en Valdivia, que fuese á reunirse á él con todas sus tropas; y este teniente coronel recibió á los pocos dias una orden de O'Higgins para que marchase á Valparaíso, lo cual le puso en un grande compromiso. Su deber como súbdito del director y jefe completamente independiente de la autoridad de Freire, era cumplir lo que aquel mandaba, y así exijia su honor y las leyes de la disciplina á que era tan sumiso; pero sabedor por Wilkinson, capitan del buque enviado por O'Higgins, que

muchas provincias se habian declarado contra su gobierno al que tachaban de arbitrario y déspota, reunió los oficiales y los miembros del cabildo, y les manifestó su intención de ir á reunirse con Freire, que le parecia el mas fuerte para impedir una guerra civil. Aprobado el pensamiento por los concurrentes á la reunion, dispuestos á defender sus derechos como ciudadanos, de la misma manera que los habian defendido como militares, embarcó sus tropas y ademas una brigada de artillería con cuatro piezas, dejando en Valdivia trescientos hombres que allí habia de la guardia de honor, lo primero porque la plaza no podia quedar desguarnecida y lo segundo porque los oficiales de esta fuerza no le inspiraban gran confianza de que fuesen adictos al movimiento<sup>1</sup>.

En cuanto las tropas de Beauchef llegaron á Concepcion, donde fueron recibidas con salvas de artillería, Freire, que no esperaba mas que este refuerzo para emprender la marcha, envió por tierra toda la caballería al mando del coronel Puga, y él se embarcó, con la infantería y la artillería, para Valparaiso. Cuando llegó, quedó sorprendido al saber lo que habia pasado, y que O'Higgins estaba en casa del gobernador. Ignorando la opinion reinante en la ciudad y las intenciones de las tropas que en ella habia, dispuso que desembarcase un buen número de las suyas al mando de Tupper y Gimenez, con orden de formar en batalla en la plaza y de no responder á ninguna pregunta que les hiciesen. En seguida previno á Beauchef que fuese á revelar con sus granaderos la guardia de O'Higgins, y él marchó á acampar al Almendral con su estado mayor y sus tropas. Aunque era muy desagradable la comision confiada á Beauchef, la cumplió sin embargo por deber y quedó muy admirado al oir de boca de O'Higgins la aprobacion de su conducta con la cual, le dijo, se habria evitado quizá la guerra civil. Despues de conversar un rato, le preguntó O'Higgins si queria acompañarle, pues iba con el gobernador á ver á Freire, á lo que accedió sin dificultad Beauchef, y los tres se dirijieron á caballo á la tienda en que estaba aquel jeneral. O'Higgins quiso entrar en esplicaciones sobre la revolucion, pero Freire le suplicó que olvidase lo pasado, y solo hablaron de cosas insignificantes<sup>2</sup>. A los pocos dias le arrestó este jeneral en su casa y lo sometió á un tribunal de residencia,

<sup>1</sup>Memorias manuscritas de Beauchef.

<sup>2</sup>Memorias manuscritas de Beauchef.

que era precisamente lo que había solicitado O'Higgins, persuadido de que nadie podría echarle en cara el acto mas insignificante de infidelidad. Con efecto, seis meses despues quedó enteramente libre, y abandonó á principio de julio su querido país, por el que tanto había hecho con la mira de elevarlo al rango de nacion, y que como Carrera no había de volver á ver, á pesar de los vivos descos que siempre tuvo de regresar de simple ciudadano para trabajar por su prosperidad que fué el sueño de toda su vida. El jeneral Freire, elevado ya al poder, le dió al partir un pasaporte sumamente honorífico, que venia á ser una carta de eficacísima recomendacion para los gobiernos amigos de Chile, en que se decia que su ausencia seria solo por dos años, debiendo volver pasado este tiempo á un país «que le cuenta entre sus hijos distinguidos, y cuyas glorias están tan estrechamente enlazadas con su nombre, que las pájinas mas brillantes de la historia de Chile son el monumento consagrado á la memoria del mérito de V. E.»\* Embarcado en la corbeta inglesa *Flis*, marchó á la ciudad que iba á ser su última residencia, Lima, llevando por toda fortuna los productos eventuales de la hacienda de la Cantera, completamente arruinada con las guerras de la independencía. Por dicha suya, encontró en el Perú otra hacienda, la de Montalvan, que le había regalado aquel gobierno en prueba de reconocimiento por los grandes servicios que prestó á su independencía.

Así acabó la administracion de este ilustre chileno que por la elevada posicion que tuvo, suscitó necesariamente muchas envidias y ambiciones. O'Higgins cometió sin duda faltas, ¿pero quién es el que en su puesto no las comete? Antes, pues, de juzgar al hombre, es necesario juzgar las circunstancias en que obró y las influencias de todo jénero que le movieron á obrar. Querer condenar algunos actos arbitrarios á que son arrastrados los depositarios del poder cuando prefieren lo útil á lo justo, es querer desconocer los principios de las grandes revoluciones sociales, que son la enerjía, la audacia y alguna vez hasta el despotismo y la tiranía, á despecho de todas nuestras bellas teorías que la calma establece, y cuya inoportunidad, ya que no su falsedad, demuestra frecuentemente la esperiencia. La moderacion no puede invocarse sino cuando la tempestad ha pasado, la tranquilidad se ha restablecido del todo y la ira de la discordia es impotente para arras-

[\*] (NR. Véase anexo 2).



tramos á las guerras civiles, compañeras inevitables de la debilidad de los gobiernos.

Por lo demas, cuando O'Higgins fué elevado sin oposicion alguna á la suprema magistratura, nadie habia mas digno que él de tan alto puesto, porque nadie habia mas valiente, ni mas probo, ni mas patriota, y sus títulos eran tambien los mas esclarecidos y léjítimos. Desde el primer grito de independencia fué uno de los jefes influyentes de la revolucion. En todas las batallas se distinguió por cualidades, que en una época en que le faltaba aun la madurez de la esperiencia y los conocimientos teóricos, le valieron el nombramiento de jeneral en jefe del ejército, cargo que desempeñó algunas veces con gloria, siempre con honra. En Mendoza tomó una parte muy activa en la creacion é instruccion del ejército libertador, y cuando San Martin, por motivos de gran prudencia, se lo asoció como segundo, el tiempo no tardó en justificar el acierto de la eleccion. Y si volvemos la vista al estado en que se encontraba Chile cuando se encargó de rejenerarlo, veremos que la tarea que acometió era de las mas penosas é ingratas, y que al aceptar su ruda responsabilidad, lo hizo solamente movido por un vivo sentimiento de patriotismo y por la ambicion, bien honrosa por cierto, de conquistar el título de bienhechor de su país.

Con efecto, desde la invasion de Pareja los partidos estaban dominados por el odio y la venganza, y no habia seguridad ni para las cosas ni para las personas. Impuestos forzosos, contribuciones estraordinarias, y lo que es mas, despojos considerables de todo jénero, se sucedian con la misma rapidez que los acontecimientos, acabando por llevar la desolacion al seno de las familias é introducir la perturbacion mas espantosa, así en sus propiedades como en sus rentas. Porque con la falta de brazos, las minas estaban casi abandonadas, y la agricultura, esta riqueza natural é importantísima de Chile, se hallaba en un decaimiento tal que apenas producía para las primeras necesidades de la vida.

En medio de tantas calamidades, tuvo que tomar O'Higgins enérgicas medidas para neutralizar las pasiones que escitaron los sucesos y las circunstancias, y vijilar la madurez progresiva de la libertad y la ardiente lucha de todas las fuerzas que se desplegan en su infancia y que, convertidas en elementos de anarquía, hubieran favorecido las ideas subversivas de los enemigos interiores, ó bien exaltado desacordadamente á los verdaderos liberales, convirtiendo su celo en fanatis-

mo. Tenia ademas una necesidad constante de inspirar, exaltar y por otra parte afirmar una nacion jóven, que acababa de salir de las mantillas, y que no se habia recobrado aun de la sorpresa de su conquista. Porque á pesar de todos sus triunfos, la independencia chilena distaba mucho de estar completamente asegurada. El virrey del Perú dominaba con todo su poder una gran parte de la América del sur, y la provincia de Concepcion, siempre á merced de los restos de Maypu, organizados en bandas de montoneras, necesitaba una division numerosa que detuviese sus invasiones y pusiese coto á sus excesos. Y sin embargo, en medio de todos estos motivos de inquietud y de todas estas escaseces, equipó O'Higgins la brillante escuadra que barrió de buques españoles el mar Pacífico, lo dominó con todo su poder, y aseguró para siempre la independencia de Chile con el aislamiento completo de su obstinado enemigo. Puede decirse que la gloria de esta escuadra fué tan grande por sus resultados, como por haberla creado haciéndola salir de la nada. Sin disputa fué esta época la en que el jenio de O'Higgins brilló con la bella aureola que sus mismos enemigos no han podido rehusarle jamás, pues en cierto modo improvisó la escuadra, y esto se hizo en momentos en que la hacienda estaba en completo desórden, muy empeñadas las principales rentas, agotados los bolsillos de los particulares, reinando el desaliento por todas partes y siendo los recursos en hombres y en materiales casi nulos.

A vista de esto, ¿podrá esperarse que las libertades civiles, siempre asustadizas y exigentes, marchasen á la par de las libertades políticas? Si estas piden audacia, enerjía y aun violencia, aquellas, por el contrario, exigen la calma prolongada necesaria para los trabajos elevados del entendimiento, y ademas un caudal de conocimientos, muy raros en aquella época entre los chilenos. Por otra parte, el país acababa de salir del estado de servidumbre á que lo habia reducido la política torcida y misteriosa de España, y no podia, sin un verdadero peligro, lanzarse de lleno en un sistema de libertad, porque careciendo del arte y de la discrecion que se necesitan para dirijirlo, se esponia á ser el juguete de las pasiones y de los ambiciosos. O'Higgins lo comprendió así perfectamente, y á riesgo de desmentir su pasado, procuró restringir estas libertades con objeto de dar tiempo á que se formase y madurase la opinion pública, y á que los principales chilenos adquiriesen instruccion é ideas antes de ser ciudadanos y lejisladores. Este fué tambien probablemente el motivo que tuvieron, primero los senadores y

luego los diputados, para no separarse mucho de esta manera de pensar, para no seguir mas inspiraciones que las del momento, y para no ocuparse sino de ensayos que naturalmente debian ser imperfectos, y muy llenos de parcialidad, como todo lo que se hace sin la influencia del verdadero mérito.

Es necesario decirlo: en aquella época y despues que Rodríguez fué separado del ministerio, esta política era quizá la que mas convenia á Chile, porque asegurado del desinterés y buenas intenciones de O'Higgins, lo que ya es de grande importancia para un estado nuevo que exige siempre el sacrificio del interés privado en aras del interés público, la tranquilidad hubiera ganado mucho con el gobierno de aquel por legal que fuese, lo cual bien merecia transijir dos ó tres años mas con su ambiciosa y honrada vanidad. El país estaba demasiado ajitado todavía para no seguir el gran principio político de que todo lo que es necesario es lejítimo, principio que desgraciadamente no quisieron comprender los habitantes, unos por espíritu de oposicion, otros porque se dejaban llevar de los demas, y muchos, y estos eran los verdaderos liberales, temerosos de ver encadenada á una dictadura perpetua su libertad conquistada á tan caro precio. Y si en este punto las apariencias justificaban su conducta, sobre todo, cuando los miembros del congreso cometian abusos de poder, traspasando mas y mas cada dia sus atribuciones, es necesario tambien no olvidarse que en ello tenia mucha parte la inesperienza y el candor de unos hombres que estaban persuadidos, como se lo aseguraba su oráculo don Camilo Enriquez, de que su eleccion era nacional y la constitucion que dieron representativa, desde que esta recibió la sancion de todo el país con el gran número de firmas aprobándola, que de todas las ciudades y pueblos llegaron al gobierno.

Esta constitucion, sometida con efecto á la aprobacion del pueblo, al que se llamó á dar por escrito su voto, fué aprobada casi por unanimidad, lo cual sin embargo no prueba que estuviese esenta de defectos ni de vicios. Por el contrario, tenia muchos, pero es necesario no perder de vista que ninguna obra humana carece de imperfecciones y lagunas, mucho mas si se emprende por via de ensayo y en momentos en que la exaltacion de los ánimos los lleva á destruir mas bien que á edificar. Es necesario conocer tambien que las constituciones tienen que ser necesariamente transitorias y basadas, no en las de otros países, por mas que los principios en que se funden sean los mismos, sino en

los hábitos, costumbres y necesidades de aquel para que se hacen, que solo el tiempo y la esperiencia pueden formarlas de una manera, sino perfecta, al menos razonable. Cuando se reflexiona en los numerosos ensayos hechos en este punto por Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, y en el tiempo que han empleado en la elaboracion de las imperfectas que hoy rijen en estos países, hay que confesar la impotencia del hombre para producir una obra esenta de toda interpretacion contradictoria, y cuan necia presuncion hubiese sido la de los chilenos, si en aquella época de infancia, hubieran tenido la pretension de hacer una mejor que los demas.

Esto no es decir que quiera escusar las faltas de O'Higgins. Por mucho respeto que me merezca este hombre, que tanto hizo por Chile, no puedo menos de desaprobador ciertos actos muy significativos de venganza y animosidad, que no fué bastante á saciar la muerte misma de sus enemigos políticos. Me refiero á las mezquinas sumas que se pagaron cuando la ejecucion de las víctimas de los acontecimientos, pero de ninguna manera á la muerte de Rodriguez, en la que verdaderamente no puede precisarse lo que ocurrió, y menos aun á la de los hermanos Carrera, respecto de los cuales se ha cuestionado muchas veces si su sentencia fué legal o un asesinato jurídico. Todo lo que el proceso arroja de si es que la conspiracion se descubrió en flagrante delito, y que fué castigada con arreglo á las leyes, escesivamente rigorosas por desgracia en tales casos. Reflexiónese, antes de juzgar los hechos, en el estado de efervescencia febril que dominaba los ánimos en aquellos momentos de lucha política, y en la especie de delirio que les arrastraba á todo sacrificio, sin que ningun rigor les detuviese ni hiciese volver atrás. Reflexiónese bien sobre todo, en que cuando la patria está en convulsion, algunas gotas de sangre para apaciguarla, son siempre muy dolorosas, especialmente si se vierten con pasion y la justicia procede con rigor escetivo, pero ahorran al pueblo los funestos horrores de la guerra civil; en tal caso la humanidad, habituada á semejantes calamidades y á nuestras pasiones, pasa indiferente y sin detenerse, y continúa su mision, que es avanzar y jamás retroceder.

Triste y espantoso es confesar esto, y que los grandes pensamientos sociales no pueden llegar á sus últimas evoluciones sino entre los escesos de la brutalidad y los destellos de la razon; pero lo mismo sucede con las revoluciones cuando están dominadas por teorías absolutas las cuales no podrian dejarse guiar por la moderación sin perder

su virilidad y su fecundidad. Por mas que la historia registre todos estos extravíos del corazón humano, no por eso dejan de ser víctimas de ellos las jeneraciones que se suceden. Compadezcamos, pues, las debilidades y miserias de nuestras pasiones, echemos un velo sobre los errores de O'Higgins, y aun sobre sus faltas, mientras dimanen de la necesidad del momento y de inespriencia, y no pensemos mas que en sus buenas obras, que en último resultado son las que interesan á la jeneralidad de la nacion.

Bajo este punto de vista es necesario confesar que Chile debe una buena parte de su gloria y de su independendencia á este ilustre chileno. En el curso de esta historia hemos visto con qué celo, con qué desinterés y con qué actividad trabajó, poniendo en juego todos los recursos intelectuales y materiales con que le favorecieron la naturaleza y el destino. Acabadas las guerras, y aun en medio de ellas, no olvidó nunca la suerte interior del país, y procuró por todos los medios rejenarar la sociedad, protejiendo la instruccion, este motor principal de la felicidad pública. Con este objeto destinó fuertes sumas en medio de sus apuros, á dar mas estension á las enseñanzas del instituto, y á mandar comprar en Inglaterra con destino al mismo establecimiento, instrumentos de fisica y química, á fin de introducir el estudio de estas ciencias tan útiles á la industria, y que eran completamente desconocidas en Chile. Para las clases inferiores hizo ir de Lima al profesor Thomson, con objeto de que propagase en el país la enseñanza mutua, entonces muy en voga en toda la Europa y que aquel estimable inglés acababa de introducir en América. Para moralizar aún mas la instruccion, hizo penetrar en ella el espíritu religioso, valiéndose de eclesiásticos virtuosos, y por entonces, es decir en 1821, restableció en su silla al señor Rodriguez, cuya primera entrada en la iglesia catedral fué celebrada con aclamacion y aplausos de los ciudadanos de todas clases y de todas opiniones.

De resultas del abandono en que se hallaba la policia de las mujeres de clase inferior muchas se habian hecho perversas, corrompidas é indignas del progreso moral que debia tener la nueva sociedad. Para remediar estos vicios creó una casa de correccion, en que no solo estaban privadas de su libertad y apartadas de los sitios de desórden, sino que se habituaban al trabajo. Al efecto puso á la cabeza de esta casa un suizo muy intelijente, que les enseñaba, ó les obligaba á hacer, una infinidad de cosas, que el público compraba, y cuyo producto era en

beneficio de las detenidas. De la misma manera, para que no estuviesen ociosos los prisioneros españoles, se les ocupó en una multitud de trabajos públicos y particulares. Mas de mil de estos antiguos soldados fueron empleados en el canal de Maypu principiado hacia mucho tiempo y terminado al fin con gran utilidad de aquella vasta llanura casi esteril hasta entonces debiéndose a él el pequeño pueblo que con tanto acierto supo dirigir y gobernar el gran patriota don Domingo Eizaguirre, el cual tuvo la feliz idea de ponerle el nombre de San Bernardo, en memoria de su ilustre fundador. La alameda, este hermoso paseo, que no tiene igual en América, fué tambien dibujado bajo su inspiracion y hecho por los mismos prisioneros, como igualmente muchos monumentos provinciales con que hoy Chile se honra y envanece.

Ocioso sería ciertamente recapitular aquí todo lo que O'Higgins hizo en favor de su país: inútil hablar de lo que irabajó para la reunion de un congreso americano; del banco de rescate que estableció en Huasco con grande utilidad de la casa de moneda de Santiago; de las medidas que tomó para destruir el mucho contrabando que hacian los ingleses y los americanos; de los útiles establecimientos de comercio que creó, y que tanto han contribuido á la prosperidad del país, dando á Valparaiso la perspectiva de llegar á ser mas tarde el depósito principal de la mar del sur. Procuró igualmente entablar relaciones amistosas con las diferentes naciones, cuya amistad podia ser útil á Chile. Al efecto envió un ministro á los Estados-Únidos y otro á que negociase en Inglaterra un empréstito, que desgraciadamente no fué de grandes resultados para la felicidad pública, y cuya primera remesa de ochenta mil onzas que llegó en los últimos días de su mando, acaso contribuyó mucho á su caída. El mismo ministro llevó la mision de promover la independenciam de Chile muy amenazada por la influencia de la Santa Alianza, cuyos individuos reunidos en congreso en Aix-la-Chapelle, se hubieran declarado decididamente contra América, si Inglaterra por un lado y los Estados-Únidos por otro, no se hubiesen opuesto con todas sus fuerzas á este acto de injusticia internacional. Por último fué á Roma el canónigo Cienfuegos á reanudar los lazos que deben unir á la iglesia cristiana con el jefe de la iglesia universal, y neutralizar al mismo tiempo las intrigas de España, bastante poderosas para haber conseguido inclinar de su lado esta grande influencia. Mientras Cien-

fuegos negociaba sobre el destino de la iglesia chilena y sobre sus pretensiones al concordato americano, hecho en otro tiempo en favor del rey de España, los publicistas de Santiago empezaron á discutir cuestiones de la mas alta importancia. Se escribió sobre la tolerancia religiosa, sobre ciertos abusos de los curas, y sobre la reforma de los conventos de frailes de diversas congregaciones: cuestiones que nunca habia habido atrevimiento bastante para abordar y demasiado nuevas para haber sido apreciadas y sostenidas.

Pero en lo que mas brilló el gobierno de O'Higgins fué como poder militar, y bajo este punto de vista y el de los resultados de sus grandes empresas, este poder llegó á ser el preponderante, á consecuencia de algunas grandes crisis de las repúblicas hispano-americanas. Diputados de Méjico y de Colombia fueron en momentos de apuro á solicitar su proteccion. Buenos-Aires, que lo habia hecho todo por Chile, le debió tambien algunos auxilios, y elevados personajes de Europa, sabedores de sus buenos servicios, no cesaron de alentarle en sus cartas y por medio de escritos. Por entonces, diferentes gobiernos, cuyos paises disfrutaban completa tranquilidad, deseando tener relaciones amistosas y comerciales con Chile, favorecieron, sino oficial al menos secretamente, el comercio de sus súbditos; y el rey de Suecia, adelantándose á las intenciones de la nación francesa, entonces sometida á los protocolos de la Santa Alianza, le ofreció encargarse á sus espensas de la instruccion de una docena de jóvenes chilenos, que siguiesen los cursos de mineralojia para que mas tarde pudieran sus ricos paises aprovechar tan útiles conocimientos.

Todo pues, favoreció los deseos y buenas intenciones de O'Higgins. Desgraciadamente la civilizacion no consiente ni la monotonía, ni una marcha jeométrica y acompasada; avanza por el contrario á saltos y prefiere ante de todo el movimiento y la variedad. Precisado O'Higgins á obedecer á esta ley de nuestros adelantos lo hizo sin murmurar, sin segunda intencion, y con resignacion igual á la que tuvo en otro tiempo para someterse á la autoridad de don José Miguel Carrera. Y es que en él, el sentimiento del honor despertado por el peligro de la patria, le conducia á toda clase de abnegacion. Dirijió seis años la república, tiempo demasiado largo para momentos de ilusion, en que la conquista de la independenciam hacia creer á los chilenos en un verdadero Eden, y fué necesario sacrificarlo á sus sueños con la esperanza de encontrar mejor guía, á pesar de las

bellas cualidades que le caracterizaban. A este respecto, todos los extranjeros residentes entonces en Chile hicieron de él los mayores elogios, y el general Miller le llama en sus memorias "uno de los hombres mas grandes que ha producido la revolucion de la América del sur", añadiendo que "su valor, integridad, patriotismo, desinterés y su capacidad, merecen los mayores elogios".



*Renuncia de O'Higgins*

Creendo que en las circunstancias actuales puede contribuir a que la Patria adquiriera su tranquilidad, el que yo deje el mando supremo del Estado, i habiendo acordado sobre este punto lo conveniente con el pueblo de Santiago reunido, (que era el único con quien podia hacerlo en la crisis presente) he venido en abdicar la Direccion Suprema de Chile, i consignar su ejercicio provisorio en una Junta Gubernativa compuesta de los ciudadanos don Agustin Eyzaguirre, don José Miguel Infante i don Fernando Errázuriz, respecto a que no existe en el dia una representación nacional ante quien yo pueda verificar mi renuncia, la que ha de procurar reunir dicha junta gubernativa a la mayor brevedad; en intelijencia de que, si pasado seis meses no estuvieren transijidas las dudas que pudieran tener entre sí las provincias del Estado, cesará la Junta Gubernativa para que el pueblo de Santiago delibere lo que hallare mas conveniente. I a fin de que ella sepa cuáles son sus atribuciones i facultades, procederá a formar un Reglamento que las fije, la Comision que ha propuesto el pueblo, compuesta de los individuos don Juan Egaña, don Bernardo Vera i don Joaquín Campino.— Imprimase, circúlese i publíquese. Dado en Santiago, a 28 de enero de 1823.— *Bernardo O'Higgins*.

\*Puede verse en *Gazeta Ministerial Extraordinaria de Chile* N° 62 (miércoles 29.1.1823), hoy en *Archivo O'Higgins* cit. vol. 30 (1966) 287 s.; también en D. Santa María, *Memoria histórica* cit. 307. Puede ser de interés consultar carta de O'Higgins, refiriéndose a su abdicación, de fecha 5.6.1839, dirigida a Miguel de la Barra, en L. Barros Borgoño, *Carta inédita del Director Supremo don Bernardo O'Higgins sobre su abdicación*, en RCHHC tomo 93 (1942) n° 101, 23-32 (carta cit. en 27-29).

Sobre ésta, su abdicación, uno de los momentos estelares de su vida y de la historia de Chile, vid. también M. L. Amunátegui, *La dictadura* cit. 454-488; D. Santa María, *Memoria* cit. 151-174; B. Vicuña Mackenna, *Vida del capitán general* cit. 379-409; José María de la Cruz, *Recuerdos* cit. 76-129; D. Barros Arana, *Historia Jeneral* cit. vol. 13 cap. 12 párrafo 10; F. A. Encina, *Historia* cit. vol. 8, 675-686; E. Orrego Vicuña, *El espíritu constitucional* cit. 205-225; O'Higgins cit. 305-321; J. Eyzaguirre, *O'Higgins* cit. II, 392-416.

*Pasaporte dado a O'Higgins*

Excmo. señor: Solo las repetidas instancias de V. E. han podido arrancarme el permiso que le concedo para que salga de un país que le cuenta entre sus hijos distinguidos, cuyas glorias están tan estrechamente enlazadas con el nombre de O'Higgins, que las páginas mas brillantes de la historia de Chile son el monumento consagrado a la memoria del mérito de V. E. En cualquiera parte que V. E. exista, le ocupará el gobierno de la nacion en sus mas árduos encargos, así como V. E. jamas olvidará los intereses de su cara patria, i la consideracion que merece a sus conciudadanos. Yo faltaria a un deber mio, que V. E. sabrá apreciar altamente, si a la licencia no añadiese las dos condiciones siguientes: primera, circunscribirla a solo el tiempo de dos años: segunda, que V. E. avise al gobierno de Chile sucesivamente el punto donde se halle. Esta misma nota servirá de suficiente pasaporte, i a! mismo tiempo de una recomendacion a todas las autoridades de la República que existan en ese territorio, i a sus encargados i funcionarios que se encuentren en países extranjeros, para que presen a V. E. todas las atenciones debidas a su carácter, i consideraciones que le dispensa el gobierno.

Dios guarde a V. E. muchos años.— Santiago de Chile, julio 2 de 1823.— *Ramón Freire*.— *Mariano Egaña*.— Excmo. señor capitán jeneral de los ejércitos de esta República, don Bernardo O'Higgins.

\*Puede verse en D. Santa María, *Memoria histórica* cit. 356. También en M. L. Amunátegui, *La dictadura* cit. 486 s.

Según refiere Barros Arana (*Historia Jeneral* cit. vol. 14 (1897) 68 nota 45) este oficio-pasaporte habría sido redactado por Mariano Egaña.